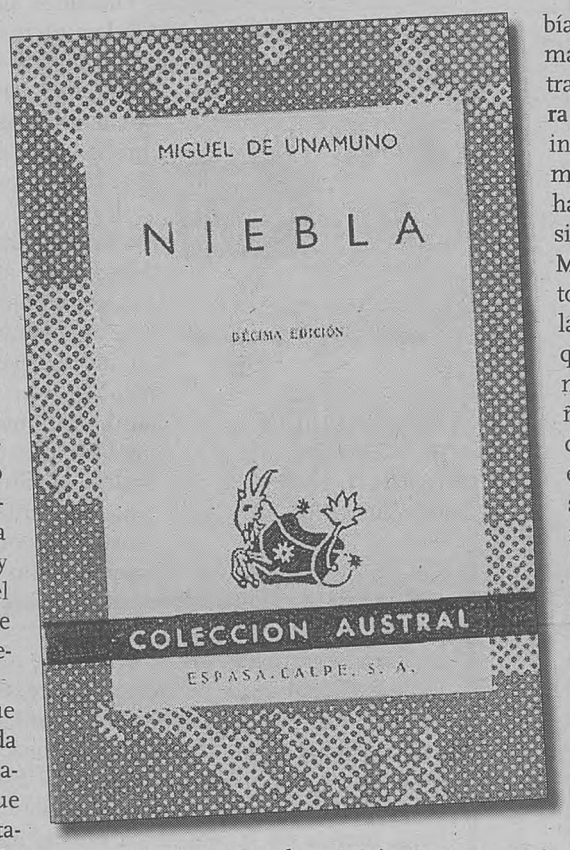
JOSÉ CARLOS ROVIRA

Aquella persistente niebla

Fue en el año 1965 cuando, en una revista que habían creado **Enrique Jiménez, Mario Martínez, Jaime Lorenzo** y mi hermano **Agatángelo**, publiqué una juvenil «Entrevista póstuma a don Miguel de Unamuno», en la que, a través de sus frases, hacía que el apócrifamente entrevistado me respondiese a temas de fe, sociedad, pensamiento, esperanza y desesperanza, vida, verdad, Dios, etc. Recuerdo el año porque la revista se llamó precisamente «Magisterio 65» y la elaboraban ellos en la escuela en que se preparaban para maestros. Los dos primeros números los hicieron a ciclostil y los dos siguientes, con los que concluyó la experiencia, a imprenta. Creo que en el cuarto y último, donde un llamativo titular «Este es Alicante Ye-Ye» abría un recorrido juvenil por la ciudad, también se había incorporado **Emilio Soler**. No conservo los números, perdidos en algún traslado; creo que los tenía por ahí Mario Martínez y los pude ver hace años en alguna noche de vino y rosas.

Yo era alumno del Instituto Jorge Juan y tenía un plantel de profesores de necesario recuerdo y agradecimiento: **Ángel Casado, Juan Masiá, Isabel de Zulueta, María Luisa Dorado, Abelardo Rigual, Fernando Puig**... don Fernando era catedrático de Filosofía y, junto a un aprendizaje atroz de silogismos, nos hablaba de pensadores también españoles: **Ortega, Unamuno** y **Zubiri** estaban entre sus aficiones lectoras y conversacionales. Era un hombre alto, vestido de oscuro, de palabra precisa... me imaginaba a don Fernando estos días en que hubiera tenido que impartir «Educación para la ciudadanía» con un traductor de inglés en el aula: habría hecho que lo expedientasen el primero para evitar tanta barbarie pedagógica como la que animan ahora algunos especímenes administrativos y políticos.

Doña María Luisa Dorado era una frágil figura a la que queríamos los seis o siete alumnos de letras a los que impartía latín, a pesar de ser presa de alguna broma cariñosa nuestra. Parecía mucho más mayor que los años que realmente tendría y antes de sus clases la acompañábamos en cortejo otoñal e invernal con una estufa y un almohadón, para que se sentase en la silla de madera negra que resaltaba aún más su delgadez extrema. Yo llevaba siempre el almohadón y sentí el tener que dejar de hacerlo, pues falleció en 1965, creo, de lo que dejé constancia en las páginas de este mismo periódico, recordando la emoción que me producía, en medio de sus lecciones sobre «La guerra de las Galias», los recuerdos de su juventud salmantina donde era una de las primeras mujeres que había obtenido la licenciatura en Letras y había sido discípula del rector Unamuno. Recuerdo una mañana a la Dorado hablando del día que, en una huelga estudiantil, la Guardia Civil había entrado al edificio de la Universidad y disparado por lo que habían muerto dos estudiantes en un aula. Hablaba de un período muy anterior al que ella había vivido como estudiante (seguramente se refería a un episodio de 1903) y decía que un rato después, como si lo hubiera oído, el rector ordenó que el aula se clausurara para siempre por la bárbara y trágica represión. Reproducía el tono solemne de las palabras de don Miguel, al que yo llevaba leyendo bastante tiempo.



Recuerdo efectivamente que lo convertí en lectura continuada a los catorce años. No tengo claro cuál fue el primer libro que cayó en mis manos pero, en retazos de memoria, recupero «La agonía del cristianismo», cuyo título de agonía como lucha había aprendido en las clases de don Ángel Casado. Rescato también «El Cristo de Velázquez», poema que también leí años después silenciosamente una mañana del invierno de 1971 ante el cuadro de El Prado; o «San Manuel Bueno Mártir», que me tocó definitivamente en el tema de la fe; o «El sentimiento trágico de la vida», o el ensayo «Contra esto y aquello», que me parecieron una perfecta conjunción de conductas contra lo que había que estar. Y un día, recuerdo, leí «Niebla».

La historia de **Augusto Pérez**, el desmenuzamiento de su carácter y comportamientos, la muerte de su madre, el enamoramiento de Eugenia y los desvelos por conquistarla, la relación con sus criados, eran ingredientes de una novela tradicional que, sin embargo, me seducía por el recurso de entes de ficción con los que don Miguel había planteado su «nivola», en donde entendía la búsqueda del ser y el existir como materia narrativa. Me aprendí de memoria, sin quererlo, aquel encuentro casi final del protagonista con don Miguel en Salamanca, cuando Augusto le dice: «No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme; ¿conque no lo quiere? ¿conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted morirá, también usted, y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos, sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo, lo mismo que yo! Se morirán todos, todos». Me lo aprendí de memoria y lo he dicho muchas veces. En años posteriores entendía la dimensión de ese apócrifo para el siglo XX. Lo he explicado siempre con Augusto Pérez o los seis personajes pirandellianos. Pero eso ya son avatares profesionales que no creo que interesen.

> Esta obra de Unamuno es la que más me impactó. Me hizo leerlo todo en aquellos años

Creo que aquella obra de Unamuno es la que más me impactó. Me hizo leerlo todo en aquellos años, aprenderme de memoria involuntariamente algunas frases de sus obras que me han acompañado siempre: de la «Vida de don Quijote y Sancho», aquella cita inicial que dice «de razones vive el hombre y de sueños sobrevive»; del ensayo «Mi religión» aquello de «mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible o Incognoscible, como escriben los pedantes, ni con aquello otro de "de aquí no pasarás". Rechazo el eterno ignorabimus. Y en todo caso, quiero trepar a lo inaccesible».

Los años posteriores me fueron demostrando a un personaje profundamente contradictorio. Recuerdo que leí con provecho la interpretación católica de **Charles Moeller** sobre «Miguel de Unamuno o la esperanza desesperada». Un día me di cuenta que atravesaba exactamente la misma situación que **Manuel Bueno** y aquello tuvo que ver con la pérdida de una fe de la que ya no me acuerdo más que como componente cultural.

En la política, don Miguel había llegado a contradicciones aún más profundas. Su peripecia contra la dictadura de **Primo de Rivera** me era sugerente por el valor incuestionable que siempre demostró. Rescaté una vez (de esto hace menos de veinte años) la posición que el peruano **José Carlos Mariátegui** mantuvo hacia el rector salmantino, del que estaba en las antípodas ideológicas, pero al que sentía como el mejor exponente de la intelectualidad española, reproduciendo sus cartas de exiliado en la revista marxista e indigenista «Amauta»; incluso su reflexión sobre la «Hispanidad», que Unamuno había lanzado en 1907 y que, desde luego, no tenía nada que ver, como explicaba en 1927, con cosas de «señoritos o de cuarto de banderas»: Hispanidad era España más América y, para reafirmarlo, hacía una nueva pirueta ideológica con Simón Bolívar y su origen vasco. Hace unos años, mi amigo **Ramón Lloréns** me regaló el volumen recopilatorio de las «Obras completas» de don Miguel que se titula «La raza y la lengua», conocedor de mi afición por perderme entre vericuetos que a veces terminan en contradicciones no resueltas.

Recuerdo finalmente que aquellos años de lecturas en los que, por otras razones, abandonaba el catolicismo, me sirvieron también para apartarme de «espíritus nacionales» en los que me habían formado. Me parece recordar también que alguien puso en mi mano, en aquel año de 1965, la versión del episodio del día de la Hispanidad en Salamanca, el 12 de octubre de 1936. El rector, ante los gritos de «viva la muerte» del General **Millán Astray**, rompió clamorosamente, alzando la voz, con una insurrección militar a la que unos meses antes había apoyado. Su valeroso «venceréis pero no convenceréis» me lo dignificó absolutamente en la historia y me hizo repetirme, y repetir muchas veces, aquel episodio.

Alguna vez he soñado con que visito en su despacho a un personaje que se parece a don Miguel. Lleva su cuello cerrado y las gafas me lo recuerdan, aunque la imagen está casi difuminada por la niebla. Me dirijo siempre a él con las misma palabras: «no quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla...».

El autor

José Carlos Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante.